

LA VERDAD QUE LA BIBLIA REVELA

Dr. Israel Ortiz

Introducción

¿Por qué reflexionar sobre algo que ya sabemos? ¿No conocemos las verdades que la Biblia enseña? La respuesta es sí y no. Sí, porque la mayoría de cristianos conoce verdades de las Escrituras. Tienen un conocimiento general del Antiguo Testamento, del plan de salvación en Jesucristo y su obra expiatoria, asuntos relacionados con la iglesia, nociones acerca de las cartas pastorales, misiones etc. [Por supuesto, no podemos asegurar que las nuevas generaciones de cristianos conocen los esenciales de la fe cristiana]. Por otro lado, decimos que no, porque hay partes de Biblia que los cristianos no conocen, que pastores o miembros de sus iglesias tienden a reducir el significado de la palabra al ámbito espiritual, y que a la mayoría le resulta difícil conectar la fe cristiana con desafíos del mundo actual [léase problemas sociales, las ciencias, el arte, la economía, la cultura, etc.]. Es común también observar que algunos cristianos tienen preferencia por ciertos temas o libros de la Biblia, y por consiguiente, su conocimiento es fragmentado. Por ejemplo, algunos tienen preferencia por los salmos; otros se concentran en los evangelios y otros vuelcan su interés en los libros como el apocalipsis. Mientras que algunos dan poca importancia al Antiguo Testamento, otros hacen de sus enseñanzas la base de su teología, liturgia o formas de entender y vivir la fe.

Por otro lado, los cristianos enfrentan creencias que desvirtúan la palabra. Por ejemplo, Pablo advierte a Timoteo que permanezca firme en la palabra ante personas que se oponen a la verdad y que se aparte de los que hablan toda clase de fábulas (2 Tim.2:8,14-15). Lutero confrontó doctrinas y prácticas que desvirtuaron la salvación por la sola fe y sola gracia; y denunció el secuestro del estudio de la Biblia acaparado por los clérigos de oficio [entiéndase cardenales, obispos o sacerdotes]. Karl Barth denunció el triunfalismo de la teología liberal del siglo XIX acerca de la bondad humana. Dejó al descubierto la soberbia y autosuficiencia humana de poder manejar con su ciencia todos los problemas materiales y espirituales del hombre, y de arribar a un paraíso terrenal sin Dios (Karl Barth, 1986:16). ¿Qué decir de las iglesias, liderazgo y formas de pensar y estilos de vida de los cristianos de nuestra época? Sin lugar a dudas, enfrentamos formas de pensar, doctrinas, estilos de vida o sobre énfasis que se alejan del evangelio. Adelante señalamos algunas corrientes de pensamiento y conductas que hay que confrontar a la luz de la palabra de Dios.

Resulta esencial evaluar la doctrina que los evangélicos decimos creer y afirmar como base de nuestra fe. Corremos el riesgo de atrapar la palabra en nuestros esquemas teológicos o credos eclesiales. Con frecuencia creemos que sabemos todo y lo único que necesitamos son mejores metodologías para hacer la misión. Miguez Bonino al comentar este peligro afirma que a la Biblia “... no se la puede apresar en nuestras formulaciones, porque éstas no hacen sino señalar –con la mayor claridad que podamos– a esa Palabra que será siempre mayor, que juzgará nuestras mejores formulaciones y nos invitará a seguir ‘escuchando’. De hecho, se negó a construir un sistema cerrado sobre la Biblia: Afirmó, “Hacerlo supondría que uno se ha apoderado de Dios y lo obliga a responder a todas nuestras preguntas. En tal intento Dios, por supuesto, no se deja apresar” (En *Karl Barth Introducción a la teología Evangélica*, Ed. Hugo O. Ortega, Buenos Aires: Ediciones la Aurora (1986). P.14, 25). En otras palabras, no podemos dejar de aprender de las Escrituras y otros colegas del ministerio. En esta dirección, debemos afirmar el magisterio del Espíritu Santo quien revela lo que no sabemos y nos guía a toda verdad (Jn.14:26; 16:13). El reto para la iglesia es estar reformándose en todo tiempo, mantenerse fiel a la verdad de las Escrituras, y responder adecuadamente a los nuevos desafíos de la misión de la iglesia. Esto implica una doble tarea: aprender nuevas cosas y desaprender. Con Yoder afirmamos que no podemos dar por sentado que tenemos una teología adecuada la cual hemos recibido del pasado, y que realmente no necesitamos ninguna otra clarificación teológica. Lo que necesitamos es eficiencia (Escobar, 1996:33).

La verdad en la Biblia tiene que ver con la revelación de Dios

Dios es el centro y razón de la Biblia. De ahí que no comienza con la iglesia aunque esta fue elegida antes de la fundación del mundo (Ef.1:4). Revela a Dios y sus propósitos eternos, su amor a través de sus actos de creación y de redención, y su encarnación en la historia a través de Jesucristo (He.1:1-3). Morris afirma que la revelación “En el cristianismo es un término importante porque significa que Dios ha tomado la iniciativa en darse a conocer al hombre. En tal sentido el conocimiento de Dios resulta ser, no del producto del diligente estudio humano, sino una manifestación de la gracia de Dios y de su voluntad de ser conocido” (1979:12). La Biblia afirma su existencia. No la apologiza. La da por sentado. El estaba en el principio creando los cielos y la tierra (Gn.1:1); sus días son de eternidad a eternidad (Miq. 5:2; Is.57:15); ha sido refugio de generación en generación (Sal.90:1), es la porción de la herencia de sus hijos (Sal.16:5), en quien toda alma puede saciar su sed de Dios (Sal. 42:1); que nos ha amado eternamente y extendido su misericordia (Jer.31:3); y quien dio a su Hijo amado para que todo aquel que crea en Jesús

nos pierda sino tenga vida eterna (Jn.3:16). En su libro *Dios es el evangelio*, John Piper afirma que Dios es el centro de las buenas nuevas: “Cuando digo que Dios es el evangelio, me refiero a que es el bien más elevado, mejor, supremo y decisivo del evangelio, sin el cual ningún otro don serviría...” (2007:13). Si Dios es el centro de la Biblia, debemos esforzarnos por conocerlo.

El encuentro de Dios con Moisés en el monte Horeb deja al descubierto tres hechos que ponen de manifiesto el interés, amor y propósito de Dios para Israel y las naciones. En primer lugar, Jehová se revela como el Dios de sus padres: “Yo soy el Dios de tu Padre. Yo soy el padre de Abraham, de Isaac y de Jacob” Ex.3:5 Cf. 16). La vida de Israel se asienta en Dios y su obrar en la historia. Abraham y demás patriarcas no tendrían existencia ni significado si Dios no los hubiese llamado y revelado sus propósitos de redención. En segundo lugar, Dios se da a conocer a Moisés como el “YO SOY EL QUE SOY” (3:14 NVI). Esta declaración surge a raíz de su interrogante de cómo responder a los ancianos respecto al nombre de Dios. El “YO SOY” en hebreo corresponde al nombre Yahveh que consiste en la cuatro letras que forman la raíz de los verbos “ser” o “llegar a ser”. El nombre expresa la verdad de que Dios siempre ha existido y siempre existirá (Ndjerareou, 2006:91). Sin descartar este significado, otros afirman que el “YO SOY” puede traducirse como “YO SERE EL QUE SERE”. Esta variante se puede entender como “Estaré continuamente contigo a medida que se desarrollan los acontecimientos futuros”; “Yo soy un Dios que participa en tu historia” o “Yo soy el Dios viviente, que actúa, gobierna y participa en este mundo” (Ramm, 1975: 43). Que tremenda revelación para un Moisés que se sentía inútil, que temía el rechazo del pueblo y que enfrentó la arrogancia del Faraón. Este Dios entonces “Existe desde la eternidad”, “Existe por sí mismo”, “hace que las cosas que no existen tengan existencia”, y “que vela y actúa al favor de su pueblo”.

En tercer lugar, Jehová hace una declaración que revela a un Dios relacional. Un Dios infinito pero personal que sale al encuentro de su pueblo. El texto afirma, “Entonces ellos y tú se presentarán ante el rey de Egipto y le dirán: El Señor y Dios de los hebreos ha venido a nuestro encuentro...” (3:18). No somos nosotros los que buscamos y encontramos a Dios, a Jesús. Es Dios quien nos busca desde el Edén y sale a nuestro encuentro. ¡Bendito sea su nombre y su iniciativa providencial para buscarnos, reconciliarnos y restaurarnos! Entonces, si la verdad de la palabra tiene que ver con la revelación de Dios en la historia, los cristianos tenemos que ser diligentes para conocerlo, entenderlo, amarlo, honrarlo y servirlo como sólo El lo merece. Nuestra fe necesita ser arraigada en Dios y su actuar poderoso. ¿Qué sabemos de Dios? ¿Es fundamento de nuestra vida y nuestra historia? ¿Le amamos por lo que es? ¿Obedecemos su palabra? ¿Percibimos su voz? Etc. Me temo que sabemos más de nuestras denominaciones,

estrategias o entidades que de la persona de Dios. No es lo mismo hablar acerca de Dios que hablar con Dios, de tener información de Dios, que caminar con Dios. Conocemos a Dios en su palabra, y cuando nos relacionamos con él, y en la medida en que nos dejamos enseñar por el Espíritu Santo que está para guiarnos a toda verdad. No se trata sólo de un ejercicio intelectual, sino de un caminar diario con Dios.

La verdad que la Biblia enseña tiene que ver con la voluntad expresa de Dios en su palabra

Antes de entrar a Canaán Moisés hizo reflexionar al pueblo de Israel acerca de los mandamientos de Dios. “Ahora, israelitas, escuchen los preceptos y las normas que les enseñé, para que los pongan en práctica. Así vivirán y podrán entrar a la tierra que el Señor y Dios de sus antepasados les da en posesión” (Dt.4:1 NVI). Este llamado se repite varias veces en Deuteronomio: Escuchar, aprender y poner en práctica los preceptos para vivir y poseer la tierra (5:1; 6:1; 8:1). La exhortación de aprender y reflexionar la Torah apela al entendimiento (4:39). Es un llamado a entender, analizar y discernir la palabra. Porque Dios nos hizo seres pensantes apela a nuestra razón: Creer en Dios no es un asunto sólo de fe, es también un acto pensado. Tenemos que afirmar que creer es también pensar. Aceptar el evangelio no es un suicidio intelectual. Conocer la verdad implica entonces estudio serio y reflexivo de la palabra bajo la iluminación del Espíritu Santo. Estos preceptos no sólo fueron dejados para ser entendidos, sino para ser obedecidos. Thompson anota que la única manera de que Israel sobreviviera en la nueva tierra, era siendo fiel al pacto de Dios y obedeciendo sus ordenanzas (1974: 103). Moisés enseñó la ley al pueblo, no podía alegar ignorancia ni andar a ciegas porque Dios les reveló su voluntad de manera escrita. Por supuesto, Dios no sólo demanda obediencia, sino mantener la relación del pacto. Por ello las leyes necesitan ser escritas internamente en el corazón (Thompson, 1974:105). Las palabras que Dios mandó poner por escrito expresan su voluntad para su pueblo y la suscripción de su pacto con ellos (Ex.34:26-28). Por supuesto, para obedecer hay que conocer y entender bien esa palabra.

¿Por qué Moisés se tomó la molestia de recordar a Israel la ley de Dios antes de entrar a tierra extraña? Porque estarían rodeados de países que tenían otros dioses, patrones de pensamiento y conductas diferentes. Israel fue desafiado a resguardar su identidad como pueblo de Dios, a recordar las obras portentosas del Señor en Egipto y peregrinaje en el desierto, y fue retado a vivir de acuerdo a los mandamientos enseñados y entregados. Para el caso, el pueblo tenía que conocerlos, entenderlos, practicarlos y transmitirlos a las futuras generaciones. Se desprende de aquí todo un proceso didáctico que debían priorizar como familias y comunidad. Esta enseñanza-aprendizaje debía darse

especialmente a partir del hogar, en cada espacio de convivencia y en el caminar diario [El Shema lo aprendían los niños en casa]. Estos mandamientos no sólo legislaban la relación de Israel con Dios, sino también regulaban sus relaciones sociales. No sólo eran leyes de carácter espiritual o religioso, sino leyes que buscaban el establecimiento y desarrollo integral de la sociedad judía como el pueblo de Dios entre las naciones. Ante este desafío tenemos que preguntarnos, ¿Quién enseña la palabra a nuestros hijos? ¿Conocen a Dios y lo aman? Me temo que hoy la nana de muchos hijos es la televisión, el internet o el facebook. Estos son un medio útil si los sabemos usar, pero no debemos dejar que moldeen a su imagen y semejanza a nuestros hijos. Los padres y la iglesia somos llamados a forjar a los hijos desde la Palabra.

Finalmente, en este pasaje Moisés enfatiza que esos preceptos y su práctica, debían ser sus indicadores de éxito en medio de las naciones: Afirma, “obedézcanlos y pónganlos en práctica; así demostrarán su sabiduría e inteligencia ante las naciones...y dirán: “En verdad, éste es un pueblo sabio e inteligente; ¡Esta es una gran nación!” (Dt.4:6-8 NVI). La práctica de los estatutos de Dios, les daría posesión de la tierra, una relación de intimidad con Dios, y traería la admiración de las naciones al conocer el carácter justo de sus leyes. Su observación se podría visualizar su relación con Dios, el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, y el desarrollo de sus relaciones sociales. ¡Qué diferencia con los parámetros del liderazgo actual! Se hace alarde del crecimiento numérico, de la grandeza de los edificios, de la capacidad de organización, pero poco o casi nada se dice acerca de la inteligencia del pueblo de Dios y su influencia e impacto en la sociedad. Tenemos una deuda pendiente con la transformación integral de nuestros pueblos, y un largo camino por delante para ser realmente luz para las naciones. ¿Asumió Israel sus preceptos y el pacto hecho con Dios? Los profetas registran que a Israel le faltó conocimiento de la ley de Dios, y por eso fue destruido (Os.4:6 NVI). Tenían la palabra pero no la tomaron en cuenta. ¿Qué decir de la iglesia de actual? ¿Actuamos de manera distinta? ¿Qué lecciones podemos tomar del pueblo de Israel?

La verdad que la Biblia enseña tiene que ver con el evangelio del Reino de Dios

¿Qué deseamos subrayar aquí del evangelio? Analizamos algunas de las verdades centrales del evangelio que estamos llamados a vivir, enseñar y poner en práctica de la misión de la iglesia si queremos ser fieles a la palabra de Dios. Tiene que ver con principios

que por la gracia de Dios, se han ido difundiendo y asumiendo en diferentes círculos cristianos, pero que son muy necesarios de entender, asumir y practicar por la mayoría de creyentes.

En primer lugar, nos presenta el desafío de la encarnación de Jesús. El Señor del universo y la historia toma forma y cuerpo en Jesucristo, Emmanuel en medio nuestro. Dios luego de hablarnos de muchas maneras, en los días finales nos habló por medio de su Hijo (He.1:1-3). De esta manera el Verbo divino fue hecho carne, y habitó entre nosotros y vimos su gloria (Jn.1:14-15). En su encarnación se despoja de manera voluntaria de su majestad para hacerse semejante a sus criaturas (Fil.2:5-8). Por esta razón Karl Barth anota que a partir de este hecho “Dios” no es una palabra vacía en la Biblia (1986:78-79). ¿Qué aprendemos de la kenosis de Jesús [El vaciamiento que de sí mismo hizo el Hijo de Dios según la teología sistemática]? Nos muestra un modelo misional contrastante: “Del cielo al suelo”. Entró en la historia, recorrió ciudades y pueblos para estar, amar, servir, y anunciar la salvación y restauración a sus criaturas. Jesús no nos habló desde las alturas celestiales. Más bien hizo su morada entre nosotros y nos compartió su vida, nos llamó al arrepentimiento y en su muerte nos reconcilió para volvernos al Padre.

A. Guzmán afirma que el “logos encarnado” es la abstracción hecha concreción, lo eterno haciéndose cotidiano, el discurso de Dios convirtiéndose en libro para ser leído. Jesús es el acto comunicador de Dios por excelencia”.¹ En su encarnación se identificó con la problemática humana [sea espiritual, social o económica], se solidarizó con su realidad, y entregó su vida por su dignificación. El vino a buscar y a salvar lo que se había perdido identificándose, viviendo y sirviendo en medio de los suyos aún a costa de su vida (Lc.19:10; Hb.10:5-7). Su ejemplo rompe paradigmas de cómo hacer misión. Nos desafía a insertarnos en el contexto y realidad de los sujetos de la misión. En su encarnación asumió el mundo de los marginados. Hizo de la despreciada Galilea de los gentiles su principal foco de misión. Su encarnación es una clara evidencia contra el docetismo (doctrina gnóstica que interpreta la encarnación de Jesús como una apariencia, y que al final niega la humanidad de Cristo). El Hijo de Dios asumió cien por ciento la humanidad de sus criaturas y desde nuestra realidad de pecado y desgracia nos salvó (He.2:11-12). ¿Cómo asume la iglesia su encarnación? Me temo que luchamos con cierto docetismo porque no hemos dado a la encarnación de Jesús el valor ni la aplicación en nuestra teología. Por esta razón “Justo González llamaba a los evangélicos a tomar conciencia de que habían caído en una cristología docética que les impedía desarrollar una ética social adecuada a las necesidades del momento” (Escobar, 1998:24). Debemos reconocer que nos ha costado

¹ Angelit Guzmán, Extracto de su reflexión sobre Jesucristo presentada al Equipo Regional de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos, Colombia marzo 2004.

encarnar el contexto de pobreza, violencia, corrupción que asolan nuestros pueblos, y nos resulta difícil aplicar la palabra de Dios a estos desafíos éticos sociales. Si la iglesia quiere ser fiel a su Señor, tiene que encarnar su misión con las implicaciones del caso amerita. Jesús nos invita a sacar a la iglesia [léase a los cristianos] a la calles para comunicar el evangelio, y a responder a sus desafíos. Su mandato misionero sigue este modelo: Vayan primero [estar con la gente], y luego prediquen [hacer la misión] (Mr. 16:15).

En segundo lugar, los evangelios registran que Jesús anunció y proclamó el evangelio del reino (Mt.4:23). No fue sólo una buena noticia, sino el anuncio del arribo del reino de Dios (Mr.1:14-15). El reino eterno irrumpió el mundo por medio de Jesús (Lc.17:20-21). Demanda arrepentimiento y creer en el evangelio (Mr.1:15). Muestra el poder de Dios el cual confronta y hecha fuera demonios (Mt.12:28), y obra milagros portentosos de sanidad (Lc.7:18.21). Es un reino que trae esperanza y se abre a favor del servicio y dignificación de los pobres, los marginados y pecadores (Lc.19:10; Mt.9.12). Crece de manera misteriosa y tiene un potencial para transformar el mundo (Mt.14:26-27; 11:12). Este evangelio del reino que Jesús predica tiene que ver con una misión integral a favor del ser integral (Lc.4:16-21; Mt.9:36). Incluye las necesidades espirituales, psicosociales, económicas, etc., a partir del encuentro con la palabra de Dios (Mr.1:15). De manera contrastante, este reino no corresponde a los parámetros del mundo. Es un reino al revés. Pertenece a los niños, y es un reino contrastante: Los primeros serán últimos, los que desean ser grandes deberán ser siervos, los desean entrar tienen que nacer de nuevo para experimentar la vida del reino, y exige pagar un costo entre otras cosas. Jesús expresa con su vida y ministerio el reino presente de Dios [El ya del reino de Dios], y a la vez, anuncia que tiene un futuro [la consumación del reino] el cual asumirá con poder y gloria para regir a las naciones con justicia. Sin lugar a dudas, es necesario revisar nuestra predicación y misión, a fin de que como individuos y como iglesia reflejemos el evangelio del reino de Dios que Jesús predicó y prefiguró en su vida y ministerio.

¿Cuál es el aporte del reino en esta dirección? Es el hilo central que conecta todos los acontecimientos de la historia de la salvación. De ahí que Jesús comenzó y terminó su ministerio enseñando acerca del reino de Dios (Mr.1:15; Hch.1:3), y motivó a sus discípulos a orar para que venga el reino de Dios y se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo (Mt.6:10). Es fundamental que la iglesia redescubra la naturaleza, significado e implicaciones del reino de Dios para su vida y misión. A la luz de esta reflexión debemos tomar en cuenta dos principios: En primer lugar, nos previene para evitar que el reino quede atrapado en el ámbito espiritual. No dudamos que trae salvación y vida eterna a los que se arrepienten, pero también tiene que ver con todas las cosas de la vida presente. Tiene el poder para transformar de manera integral familias y naciones,

de provocar cambios profundos en la cultura de los pueblos, de plantear formas distintas de pensamiento, conducta y convivencia; de confrontar a las huestes espirituales del mal, y crear nuevas comunidades según sus valores. El reino presente coloca en nuestras manos el poder transformador de Dios para anunciar la plenitud de vida en Jesucristo y para servir a la manera de Jesús al mundo. Necesitamos vivir en el poder del reino y actuar según sus valores. En segundo lugar, la esperanza del reino por venir nos previene para no validar ideas, propuestas o sistemas que no están en concordancia con la vida y los valores del reino de Dios: Por ejemplo, la búsqueda de poder, posesión o renombre aún en nombre del evangelio. Esto implica cuidarnos para no sacralizar creencias ajenas al reino, y el reto de reflexionar acerca de la naturaleza, alcance, poder y demandas del reino de Dios para los cristianos en el mundo actual.

La verdad que la Biblia enseña tiene que ver con la iglesia como comunidad del reino en misión.

¿Por qué debemos revisar la idea de ser iglesia? Porque enfrentamos el riesgo de diluir nuestros distintivos. Hoy se escucha con frecuencia la siguiente afirmación, Cristo si, iglesia no. ¿Por qué esta antipatía o rechazo a la iglesia institucional? Es importante conocer las razones de su cuestionamiento. ¿Qué peligros enfrentamos? Religiosidad sin vida de comunidad. Se comparte el culto pero no vida de relación. Falta de inserción. Los templos son punto de reunión pero no de inserción en la comunidad que los rodea [Especialmente cuando están situados en hoteles o centros comerciales]. La lejanía de sus miembros que llegan de otras partes hace difícil esta inserción y la vida del reino. Por consiguiente el impacto en la comunidad es muy reducido. Finalmente, no se puede ignorar que la preocupación por el crecimiento, los proyectos de construcción o la organización, muchas veces distrae la formación y desarrollo de la iglesia como comunidad. Tenemos que recordar que somos piedras vivas para ser edificados como casa espiritual y sacerdocio santo (1 Ped.2.4-5). Estas inquietudes deben crear en nosotros inconformidad a fin de no conformarnos con lo que tenemos. El contar con liturgia contemporánea, administración eficiente, conciertos, etc., no significa que estamos construyendo y expresando el ser comunidad. Necesitamos afirmar la importancia de conformar verdaderas comunidades del reino. De otra manera, corremos el riesgo de quedarnos con meras aglomeraciones geográficas de personas.

Este desafío implica tener claridad respecto a la naturaleza de la iglesia tal como Jesús la concibió, la formó y como la describen los escritores de las epístolas pastorales. Por un lado, debemos recordar su naturaleza teológica. Es una comunidad de personas redimidas

por el evangelio. Es la asamblea [el Qahal] convocada por Dios” (2 Cro.7:9) para reunirse con su Señor, para escuchar su palabra, y para adorarle en comunidad. Es la “ekklesía” [iglesia] llamados de y enviados al mundo en misión (Mt.16:18; 28:18; 1 Ped.2:9). Es la iglesia elegida desde antes de la fundación del mundo para la alabanza de la gloria de Dios (Ef.1:12). Su origen es teológico. Nace del corazón de Dios y debe conformarse a sus propósitos de creación y redención. Es una iglesia que Jesucristo ganó por su propia sangre (Hch.20:2; Ped.1:19). Por otro lado, es fundamental subrayar su carácter sociológico. Es una comunidad formada de personas que pertenecen a contextos, razas, culturas, ideologías y estratos sociales muy diferentes (Gál. 3:28). Son ciudadanos con nombre y apellido regidos por una terminada constitución social, política y económica. Es una comunidad enviada en misión para hacer discípulos a todas las naciones. No vive para sí, sino para su Señor y para anunciar las virtudes de Aquel que la llamó de las tinieblas a la luz (Mt.28:20; 1 Ped.2:9).

La comunidad de Jesús ilustra este hecho esencial. Los discípulos fueron seleccionados para estar con Jesús (Mr.3:13-19). Ese estar fue la clave de su desarrollo como comunidad mesiánica. No sólo compartieron conocimiento o actividades religiosas, sino vida de relación. Tal fue su acercamiento a Jesús que hablaron, pensaron e hicieron la misión como su maestro. Estuvieron con Jesús por llamado y convicción. No fueron seguidores de montón. De igual, Jesús hizo de ellos una comunidad inclusiva. Provenían de trasfondos, nivel económico, estrato social, posturas ideológicas, caracteres e intereses muy diferentes. Jesús no los homogenizó, sino los formó a partir de esas realidades. Fueron forjados en un proceso de ensayo y error, de dudas y temor, formar y desestructurar en un contexto de paradigmas establecidos e inamovibles. Jesús en tres años cambió su concepción errónea del poder, el carácter inestable y violento de algunos de ellos, su equivocada manera de entender el reino, su disposición para perdonar, su falta de sensibilidad por el necesitado de salvación, su estilo de vida, y su forma de caminar con Dios. ¿Qué los cambió? El haber estado con (Hch. 4:13). Al final, pese a sus fragilidades y limitaciones conformaron comunidades alternativa que atraieron el temor y admiración de los no cristianos, y se entregaron por amor en cuerpo y alma a Jesús y la misión aun a costa de su vida (Hch.2:20).

Esas comunidades en Hechos y las epístolas se convirtieron en centros de adoración, formación, comunión, servicio y proclamación. A pesar de las debilidades del caso, estas iglesias llevaron el evangelio al mundo conocido de la época. Apasionados por Jesús, empoderados por el Espíritu Santo, y su firme convicción en el sacerdocio universal de todos los creyentes, asumieron una visión y vocación misionera que los movilizó para anunciar el evangelio del reino. Las iglesias de Jerusalén, Tesalónica, Antioquía y Éfeso,

fueron comunidades del reino que abrieron sus puertas a los “gentiles”, se volvieron hospitalarias y se tornaron en centros estratégicos para expandir el evangelio a las naciones vecinas. Con todos sus problemas estas iglesias se tornaron en comunidades terapéuticas y pastoral. Se abrieron a la palabra y el obrar del Espíritu Santo. El centro de su mensaje era Cristo, su muerte y gloriosa resurrección. No era la palabra de los creyentes, sino la palabra revelada que trajo salvación y cambios sustantivos en la vida de la iglesia. No eran perfectas. No escaparon de problemas y enseñanzas falsas, pero se atrevieron a vivir el evangelio y a servir a otros con el evangelio.

La verdad que la Biblia enseña tiene que ver con todo el consejo de la palabra de Dios.

Afirmamos al comienzo que la fragmentación del conocimiento de la palabra es un problema para muchos cristianos. Es decir, se han quedado con ciertas partes de la Biblia y han dejado otras en el tintero. Una de las consecuencias es que no posee un conocimiento global y articulado de su fe, y que al final del día, no le permite articular su fe adecuadamente. Por otro lado, los cristianos tienen problemas para relacionar su fe con las demás esferas de la vida cristiana. Por esta razón algunos no ven mayor relación entre fe y razón, fe y arte, fe y ciencias económicas, fe y política, o fe y cultura. En general, se hace un divorcio entre ambas realidades. En la práctica toma mayor fuerza las cosas de orden espiritual y se deja en manos de los no creyentes los demás aspectos del quehacer humano. De igual modo, en algunos círculos cristianos se da poca importancia al tema de la lucha espiritual o al tema de obrar milagroso de Dios, mientras que en otros, se abusa o distorsionan estos temas o se llevan a extremos que la Biblia no enseña. Por ejemplo, algunos culpan a Satanás de todos los males que vive la humanidad, y ven espíritus demoníacos en todos los rincones. Como consecuencia se socaba la responsabilidad humana y las estructuras de maldad que provocan injusticia en diferentes esferas de la vida social.

Tenemos que subrayar también que no siempre se entiende a profundidad el impacto de la reconciliación que Cristo logró en la cruz. Con fuerza señalamos la necesidad de reconciliar a las personas con Dios, pero no damos el mismo énfasis a la reconciliación con el prójimo. En sociedades tan violentas como las nuestras, es fundamental subrayar ambas verdades. Restaurar la relación con Dios es vital sin menoscabar su impacto en las relaciones sociales. Por otro lado, es fundamental predicar la reconciliación de los pecadores con Dios, pero también hay que señalar la obra de la cruz a favor de la

reconciliación de la creación, la cual al final será liberada de la esclavitud del pecado (Col.1:20; Ro.8:21). Finalmente, debemos señalar que necesitamos una teología y experiencia cristiana centrada en la cruz. No para exaltar la imagen de un cristo impotente atado a un crucifijo, sino para dimensionar el poder y las demandas de la cruz, la cual fue tropiezo para los judíos, y locura para los gentiles (1 Co.1.23-24). Sttot en su obra la cruz de Cristo subraya la necesidad de reflexionar sobre la centralidad de la cruz, la victoria de la cruz y la necesidad de vivir bajo la cruz (1996). Jesús no evitó la cruz, signó su vida desde su nacimiento hasta su muerte: “Lo que dominaba en su mente no era la idea de seguir viviendo, sino la de dar su vida” (Sttot, 1996:37).

Resulta entonces fundamental por razones de fidelidad a la palabra de Dios, el mensaje a predicar, la edificación del pueblo de Dios, la necesidad de articular un pensamiento cristiano y la misión de la iglesia, una formación que tome en cuenta todo el consejo de la palabra de Dios. El discurso de Pablo ante los ancianos de la iglesia de Éfeso delinea esta idea y nos desafía a seguir su ejemplo. Afirmó al liderazgo de la iglesia: “Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios” (Hch.20:25-27). De acuerdo al relato el apóstol enseñó todo el consejo de Dios en tres años a los efesios (Hch.20:31). El ministerio de la palabra consumió el corazón del apóstol. Tres acciones al respecto se repitieron en las ciudades y sinagogas que visitó: Discutía, explicaba y presentaba evidencias acerca del Cristo crucificado, resucitado y hecho Señor y Cristo. Entregó al ministerio de la palabra. Aunque fue todo un estratega de la misión, no distrajo su ministerio de la palabra. Consumió su tiempo y corazón y fue su preocupación permanente hasta el final de su carrera (2 Tim.2:2).

Por otro lado, el pasaje registra dos hechos muy importantes que enmarcaron el ministerio docente de Pablo. Primero, señala su comportamiento entre los hermanos de Éfeso. Señala que ellos saben cómo se comportó desde que entró hasta que salió del lugar. Atestigua una hoja de vida ético moral limpia. Señala que no codició ni plata ni oro, ni vestido de nadie. Más bien, afirma que trabajó duro para sostenerse y para apoyar a los que los acompañaron. Los efesios podían dar testimonio de su comportamiento. Pablo enseña aquí el valor profundo de la integridad del liderazgo cristiano. En segundo lugar, se nota en el apóstol un corazón pastoral. El sirvió al Señor [a ellos] con toda humildad y con muchas lágrimas, y pruebas. No les impuso sus ideas, sino los amonestó con lágrimas. Les enseñó la palabra desde el corazón. La forma en que lo despidieron pone de manifiesto cuanto lo amaron los efesios. ¡Tremendo desafío para los que enseñamos la palabra al pueblo de Dios! No divorcio entre la tarea docente y la pastoral.

El apóstol llamó a los ancianos no sólo para despedirse de ellos, sino para hacerles conscientes y responsables de la palabra que recibieron de su parte. En última instancia, son los líderes los responsables de la sana palabra y de lo que pasa en la iglesia. Ancianos aquí no hace alusión a posición de privilegio, sino a los responsables por el pastoreo del pueblo de Dios (Hch.20:28; Cf. 1 Ped.5:1-4). ¿Qué le preocupa al apóstol? No son los asuntos administrativos, los proyectos de construcción, el crecimiento numérico, las finanzas de la iglesia, etc., le preocupa la palabra de Dios y que sean guardados por esa palabra de gracia. El no rehuyó enseñarles públicamente y en las casas el reino de Dios, todo el consejo de Dios. Es decir, no vaciló en enseñarles nada que fuera de provecho para ellos (NVI). Nada calló. Nada dejó de declarar que fuera útil para su crecimiento y desarrollo integral en la fe. ¿Qué significa aquí todo el consejo de Dios? Esta palabra puede significar el propósito, designio, voluntad o plan de Dios (Cf. Lc.7:30; Hch.2:23; Ef.1:5). Pablo no se tentó el alma para enseñar todas las cosas que tenía que enseñarles respecto a la realidad de la humanidad en pecado, de su caminar fuera de la voluntad de Dios, de la proclamación del evangelio para salvación en Cristo, el llamado a cambio de vida y paradigmas, enseñarles respecto a la herencia de los santos, la necesidad de vivir de acuerdo al nuevo hombre creado en justicia según Cristo, de la necesidad de proclamar en todo tiempo el evangelio de salvación, a tomar en cuenta la realidad de la lucha espiritual, etc. Su carta a los efesios es una muestra de las cosas que incluyó todo el consejo de Dios. Pablo no predicó lo que les gustaba escuchar a sus oyentes, sino lo que estaba de acuerdo a la palabra de Dios y lo que necesitaban para crecer para llegar a reflejar la imagen de Jesús como hijos de Dios.

Aquí nos encontramos no sólo con la tarea didáctica de enseñar la palabra, sino de ayudar al pueblo de Dios a interpretarla correctamente. Pablo al advertirles a los ancianos de Éfeso sobre los desafíos y peligros que acecharán al pueblo de Dios, los motiva a una tarea de discernimiento para no ser presa de los falsos maestros y de los cristianos que se apartarán de la palabra y arrastrarán a otros con ellos. A los líderes de la iglesia no sólo nos toca enseñar la palabra, sino enseñarles a estudiar e interpretarla. Sobre todo, a la luz de los subjetivismos de muchos cristianos que dan más credibilidad a sus puntos de vista y a la experiencia que a la palabra. O al pragmatismo que muchas veces prevalece sobre el criterio teológico. Es decir, algunos creen que algo es bueno, no porque es verdad, son porque funciona. Da resultados. Por esta razón no sólo debemos predicar todo el consejo de Dios, sino enseñar a la iglesia a leer y a entender la palabra de Dios. La iglesia debe ser una comunidad hermenéutica para discernir la palabra de Dios y para comunicarla correctamente.

La razón que el apóstol anota aquí es el peligro de los falsos maestros y los creyentes que se desviarán de la fe después de su salida lo cual ocurrió tal como lo describe en su carta a Timoteo. Los ancianos de Éfeso [y de la iglesia actual] tenían que interpretar correctamente las Escrituras [todo el consejo de Dios], para leer la realidad del contexto interno y externo, a fin de que la iglesia no sea sorprendida por los falsos hermanos y enemigos externos de la fe, y para que cumplir con el propósito para la cual el Señor la fundó y estableció. Estas advertencias luego se tornaron en problemas serios doctrinales que Timoteo tuvo que enfrentar en Éfeso (1Tim.1:3-4). Los problemas llegan tarde o temprano. Hoy se nos impone el imperativo de distinguir no sólo lo falso de lo verdadero, sino todo aquello que no está en contra de Dios, pero que lo substituye o corrompe la palabra de verdad. Los evangelios de prosperidad, las enseñanzas sobre las maldiciones generacionales, el sobre énfasis en los demonios, el uso de simbologías religiosas, el uso indiscriminado de ideas o estrategias gerenciales, la exaltación de la experiencia sobre la palabra, etc., necesitan ser evaluados seriamente a la luz del todo el consejo de Dios. Barth acostumbra afirmar, “Mientras circulan monedas falsas, las válidas resultan sospechosas” (Barth, 1986:85).

Nos toca entonces enseñar todo el consejo de Dios, y formar a la iglesia para que discierna la palabra. Barth afirma que esta tarea es fundamental porque “se trata de la cuestión de la verdad. No es asunto de responder a los cuestionamientos de afuera... Es decir, no es cuestión de saber si es cierto que hay un Dios, si Jesucristo realmente murió por nuestros pecados... La cuestión de la verdad es si la comunidad está entendiendo correctamente la palabra que está expresada en todo aquel acontecer como la Verdad, es decir, si la comprende en su pureza, con la debida sinceridad, si reflexiona sobre ella a fondo y la comunica en términos claros, o sea, si su testimonio de segunda instancia puede ser dado en forma responsable y con buena conciencia”. Luego anota el peligro de que la comunidad en la proclamación de la palabra, en su interpretación del testimonio bíblico y su fe, pueda extraviarse en una comprensión a medias, en un razonamiento errante, o en un lenguaje superficial y convertirse más en un obstáculo que en el promotor de la causa de Dios en el mundo. Por esta razón, afirma que debemos orar para que esto no ocurra, pero sobre todo para que la comunidad haga su trabajo de interpretar correctamente la palabra. Este trabajo, es el trabajo teológico (1986:62). Todo cristiano bajo la iluminación del Espíritu Santo debe ejercitarse en el libre examen de las Escrituras para crecer de manera integral, para estar en la voluntad de Dios, y para hacer la misión a partir de la palabra y en diálogo con la realidad que lo rodea. Personalmente, oro al Señor para que el Señor levante a más biblistas y exegetas de la palabra, pero sobre todo, que los laicos asuman la palabra de Dios como texto de vida y misión, y que se atrevan a hacer teología a partir de la cotidianidad de la vida. Que a partir de las Escrituras y la iluminación del

Espíritu Santo, interpreten como ser y ser comunidad del reino de Dios en misión el mundo según la palabra.

Conclusión

La verdad de la palabra de Dios tiene entonces que ver con todo el consejo de Dios, el cual se enraíza en la teología del Antiguo Testamento, del obrar redentor en la historia del pueblo de Israel, y que luego se vuelca en el NT hacia el mundo gentil. Jesucristo en su interactuar y ministerio de predicación hacia los maestros de la ley y las multitudes, trae a colación los escritos del AT. Los menciona como base de su ministerio y como cumplimiento profético del AT en su persona y obra. Así que para ser fieles a la palabra, debemos conocer el consejo de Dios, tenemos que conocer los escritos del AT y lo que sus testigos y escritores registraron, para conocer a Jesucristo, tenemos que conocer las Escrituras “porque ellas dan testimonio de él” (Jn.10:25). Tenemos que predicar ese consejo en tiempo y fuera de tiempo, porque es esa palabra que hace arder el corazón (Lc.24:26.27.32), y es la palabra inspirada que es útil para enseñar, redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra (2 Tim.3:16-17). Somos sobre todo, a enseñar todo el consejo de Dios, y velar por el desarrollo saludable de la iglesia.

Bibliografía

- Barth, Karl
1998: *Carta a los romanos* 1ª edición, Traducido por Abelardo Martínez de la Pera, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos
- Escobar, Samuel
1998: *De la Misión a la teología* Buenos Aires: Ediciones Kairos
- Morris, Leon
1979: *Creo en la revelación* traducido por Miguel Blanch, Miami: Editorial Caribe
- Ndjerareou, Abel
2006: “Éxodo” en *Africa Bible Comentary* Editado por Tokumboh Adeyemo China: WordAlive
- Ortega Ed. Hugo (Ed.)
1986: *Karl Barth Introducción a la teología Evangélica* Buenos Aires: Ediciones la Aurora
- Piper, John
2007: *Dios es el Evangelio para el alma hambrienta y sedienta* Grand Rapids: Editorial Portavoz
- Stott, John
1996: *La cruz de Cristo* Buenos Aires traducido por David R. Powell: Ediciones CERTEZA
- Thompson, J.A.
1974: *Deuteronomy An Introduction & commentary* Downers Grove: Inter-Varsity Pres